



ÁNGELA
PARRA
MARTÍNEZ

Exintegrante del equipo ejecutivo de IdeaPaís.

Una gran banda de bandidos

A un año del plebiscito, la Convención Constitucional ha iniciado el debate para escribir la nueva Constitución. En sus discursos inaugurales, la mayoría de los convencionales —arrogándose la voz del pueblo de Chile— expresó algunas ideas acerca de lo que quieren plasmar en la Carta Magna: plurinacionalidad, fin del modelo económico, liberación de los presos políticos, entre otras propuestas enmarcadas bajo la célebre consigna «hasta que la dignidad se haga costumbre». Por otro lado, una sección minoritaria de los convencionales con posiciones más moderadas y reformistas ha puesto sobre la mesa aquellos temas y principios que representan la tradición constitucional chilena, como el derecho a la vida, la subsidiariedad, la libertad de enseñanza, entre otros. Sin embargo, la discusión dentro y fuera de la Convención tiene una innegable tendencia hacia ideas refundacionales que a veces tienen un cierto sustento en la realidad, pero que suelen expresarse de formas poco dialogantes, distando de aquello que el verdadero Chile necesita.

En el núcleo de la visión socialcristiana se encuentra el principio de participación. En efecto, este consiste en que el fin de la política *es y debe ser* alcanzar el bien común; es decir, al margen de la diversidad de expresiones prácticas que este horizonte puede tomar, para un político socialcristiano, en último término, los principios e ideas que harán de nuestro Chile un mejor país están por sobre las conveniencias personales o los intereses de un grupo en particular. Es claro que

este ideal contrasta con lo que vemos en el día a día: políticos que discuten, vetan, oprimen y, más aún, abandonan sus propias convicciones para fines electorales cortoplacistas. ¿Cuántos de ellos defenderán sus ideas hasta el final?, ¿cuántos sabrán juzgar lo que es bueno para el país a la hora de redactar la Constitución?

Hace no tantos años, el papa Benedicto XVI, en una visita al Reichstag alemán, a propósito de esta contraposición entre el político que busca el éxito y aquel que busca la justicia, recordó una sabia frase de san Agustín: «¿Qué distingue al Estado de una gran banda de bandidos?». Si se aplica a nuestro contexto, ¿cómo garantizamos que la Convención Constitucional no se transforme en una cuadrilla de bandidos muy bien organizada que puede amenazar al país entero, destruyendo el derecho y obrando en contra de lo que le hace bien a Chile? La respuesta dista de ser fácil, sobre todo si pensamos en la simplificación que han hecho algunos sectores de la izquierda y de la derecha de esta «buena política».

Es claro, sin embargo, que en los últimos años tanto el gobierno como los políticos de oposición se aproximan a convertirse en una «banda de bandidos». Hoy, nuestros políticos, los mismos que creen dialogar en la Convención —pero de espaldas a la población—, son los que olvidaron que el criterio de la mayoría es necesario en las sociedades complejas como la nuestra, pero no suficiente cuando está en juego la dignidad de la persona y la humanidad. Olvidaron que hay ideales más importantes que

un voto cuando se trata de proteger la vida del que está por nacer. Olvidaron que no se puede validar la violencia política para colocarse a favor de políticas públicas retrógradas que dañarán el futuro de nuestros compatriotas y del país. Más doloroso aún es constatar cómo algunos políticos católicos se han guardado en el bolsillo los principios de la Doctrina Social de la Iglesia para ceder ante ideas populistas que han dejado a la deriva a las personas más vulnerables de la sociedad.

Gonzalo Vial recordaba en uno de sus escritos una frase de san Alberto Hurtado que dice «el cristiano es cristiano en todas partes, o no lo es en ninguna. El mundo está cansado de palabras, quiere hechos; quiere ver a los cristianos cumpliendo los dogmas que profesan». El Chile de hoy necesita convencionales que sin miedo levanten la voz por los que no estamos representados y que creemos que se puede construir un Chile más justo, humano y solidario. El Chile de hoy necesita convencionales que decidan ser un grupo de personas que puedan discernir lo que es bueno para nuestra nación, alejándose de la banda de bandidos que son capaces de destruir el país. Hoy es el momento para redirigir los esfuerzos en un proceso constituyente que no olvide que todos somos responsables de todos cuando se trata de cimentar las bases de la institucionalidad. 